

## La parábola del Buen Samaritano, luz de la encíclica *Fratelli Tutti*

En las primeras páginas de la encíclica *Fratelli tutti*, el Papa Francisco expresa lo que pretende al escribirla: “ofrecer un humilde aporte a la reflexión para que, frente a diversas y actuales formas de eliminar o de ignorar a otros, seamos capaces de reaccionar con un nuevo sueño de fraternidad y amistad social que no se quede en las palabras” (FT 6).

Después de una mirada a la realidad actual poniendo de manifiesto algunas tendencias que dificultan este sueño<sup>1</sup>, y antes de otear el horizonte y señalar nuevas avenidas de lo humano, o poner de manifiesto aquellas que apenas fueron transitadas, pero que están preñadas de un *saber no sabido cargado de significaciones*,<sup>2</sup> busca luz en la Escritura. Detrás se percibe su firme convencimiento sobre el poder transformador de la Palabra que no torna a Dios de vacío, sin haber obrado su voluntad y haber cumplido su encargo (cf. *Is* 55,10-11). La Palabra es viva y eficaz, permanece siempre operante (cf. *ITs* 2,13; *IPe* 1,23), y aquello que dice lo realiza (“Dijo Dios: Hágase... y se hizo”, se repite en Gn 1). Francisco tiene, además, la certeza de que la Biblia y otros textos religiosos “pueden ofrecer un significado para todas las épocas, tienen una fuerza motivadora” (FT 275).



Francisco elige la parábola del buen samaritano (*Lc* 10,25-37), se adentra en su significado y la presenta como un referente de humanidad que echa raíces en el ser y el actuar del Dios de entrañas compasivas, cuya liberación y salvación llega a todos los pueblos y a todas las gentes. Con una gran sensibilidad por generar espacios de palabra compartida entre hombres y mujeres más allá de sus convicciones religiosas, entra en diálogo con esta parábola, cuyo mensaje puede interpelar a todos, para advertir y vislumbrar el horizonte y las rutas por las que transitar de modo diferente en la historia, e identificar los *puntos de orientación* que hacen posible, con humildad y osadía, con confianza y esperanza, tejer con otros mimbres el proyecto de humanidad que queremos. En su aproximación late esta pregunta ¿Qué palabra de vida contiene la parábola del buen samaritano para descubrir “la opción de fondo que necesitamos tomar para reconstruir este mundo que nos duele” (FT 67)? ¿De qué manera nuestra inteligencia recibe iluminación, nuestro corazón amor y nuestra esperanza se fortalece en la coyuntura histórica concreta que atravesamos?<sup>3</sup>.

Al mismo tiempo, y tomando en consideración la encíclica en su conjunto, la comprensión de la parábola queda enriquecida por las situaciones del mundo y la reflexión que Francisco realiza sobre las sombras y las luces, los dolores y las alegrías, las perplejidades y claridades actuales. Vida y Palabra son inseparables y se iluminan mutuamente. La Palabra de Dios es lámpara para nuestros pasos y luz en el camino (cf. *Sal* 118,105), y en el claroscuro de la historia se revela el dinamismo y la eficacia de la Palabra, y se manifiesta la ternura entrañable de Dios con la humanidad. El conocimiento de la Escritura lleva al corazón del mundo, y en las entrañas de la historia se escucha el latido del corazón de Dios y se reconocen nuevas dimensiones de la riqueza y vitalidad de la Palabra.

<sup>1</sup> Capítulo primero de la encíclica: números 9-55.

<sup>2</sup> Cf. MARÍA ZAMBRANO, *El pensamiento vivo de Séneca*, Cátedra, Madrid 1987,11.

<sup>3</sup> SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilías sobre el evangelio de San Juan*, 32,3.

En diálogo con la realidad actual, la encíclica va desgranando cómo hoy es posible hacer realidad la invitación final de Jesús: “ve y haz tú lo mismo” (10,37). En su reflexión insiste en la dimensión práctica del compromiso con la realidad (*encargarse de la realidad*) y en la necesidad de sanar, restaurar y recrear (*cargar con la realidad*), aportando su *comprensión y valoración* de las sociedades actuales (*hacerse cargo de la realidad*)<sup>4</sup>.

## **El rostro desconcertante del Dios del amor**

El icono del buen samaritano es sorprendente y ofrece una clave cuanto menos inesperada para hablar de la fraternidad. Un hombre extranjero, heterodoxo, es modelo de fraternidad inclusiva y universal. El que es despreciable, por considerarlo casi un semi-pagano, es ejemplo de misericordia en forma de cuidado, que no deja para mañana lo que necesariamente tiene que ser hoy. El samaritano, al contrario que el sacerdote y el levita, sí *tenía en el corazón el bien común* (FT 63) y “quien es un extraño sin un lugar en la sociedad” (FT 101) se presenta como paradigma ético.

La parábola desconcierta presentando un nuevo modo de ver, pensar y sentir. Habla del amor como misericordia y cuidado, que invita a romper con las fronteras que dividen a los “nuestros” de los “otros” (esas que hacen pensar que los de casa son buenos y los de fuera son malos y se aprovechan de nosotros), y a reconfigurar las relaciones humanas y sociales desde otras claves. Con esta misma sintonía la encíclica exhorta a cambiar creencias, prácticas y modos de sentir: las personas migrantes enriquecen nuestras sociedades y son oportunidad de un desarrollo humano integral para todos (cf. FT 133); frente los nacionalismos cerrados ensayar la capacidad de pensar y actuar como familia humana (cf. FT 141); reconocer a todos y todas como sujetos con capacidades y permitirles una vida digna a través del trabajo (cf. FT 162), fomentar el diálogo e interacción entre culturas abiertas, sin imposiciones culturales (cf. FT 148), etc.

En la parábola el Dios de entrañas compasivas se encarna y toma el rostro del “otro”, del diferente y el extraño, del marginado por razones culturales, religiosas y políticas. El samaritano muestra un rostro misericordioso de Dios que provoca a atravesar umbrales y a reconocer que las “particularidades desconocidas”, percibidas como amenaza, son un “tú” hermano,<sup>5</sup> que es imagen y semejanza de Dios, semilla del Verbo diseminada en la historia. En su persona y en sus acciones se puede descubrir también a Jesús, cuya praxis y enseñanza es un ejercicio continuado y universal de benevolencia, amor y cuidado a todos y todas, si bien la encíclica no aplica la imagen del samaritano a Cristo<sup>6</sup>.

## **¿Cómo ser y hacerse próximo de todos y todas?**

La parábola propiamente se abre con una pregunta “¿Y quién es mi prójimo?” (10,28). La explicación que se ofrece en la *Fratelli tutti*, tanto en el capítulo que desgrana el

---

<sup>4</sup> Expresiones de IGNACIO ELLACURÍA, “La teología como momento ideológico de la praxis eclesial”, *Estudios Eclesiásticos* 207 (1978) 457, que entiende que además de “cargar con la realidad” (dimensión ética) y “encargarse de la realidad” (dimensión praxica), las personas han de “hacerse cargo de la realidad” (dimensión intelectual).

<sup>5</sup> Cf. AA.VV., *El extranjero en la cultura europea de nuestros días*, Bilbao 1997, 33.39.

<sup>6</sup> La interpretación cristológica de la parábola se encuentra frecuentemente en la tradición desde Marción e Ireneo hasta el siglo XIX, si bien la exégesis actual centra más la mirada en la acción compasiva descrita en el relato con todas las implicaciones que tiene el amor al prójimo, y sin que esto signifique desvincularlo del amor de Dios por nosotros en Jesús. Cf. FRANÇOIS BOVON, *El evangelio según San Lucas (Lc 9,51-14,35)*, Sígueme, Salamanca 2002, 109-110.

sentido del texto lucano como en los contenidos de toda la encíclica, clarifican bien el sentido de este interrogante. No se trata de definir un concepto, identificando al destinatario del amor ejercido como misericordia y cuidado, aunque la parábola apunte a ello<sup>7</sup>: el que está tirado y herido en el camino. Más bien, la respuesta de Jesús inclina a descubrir que el prójimo es quien muestra benevolencia, tiene entrañas de compasión y su amor se expresa en gestos concretos de proximidad, misericordia y cuidado, que sanan y restituyen la vida. La pregunta remite más bien a *cómo hacerse prójimo* de todos y todas, y especialmente de quienes están heridos y maltrechos en las cunetas sociales. No se trata de decir “tengo «prójimos» a quienes tengo que ayudar, sino que me siento llamado a volverme yo un prójimo de los otros” (FT 81). Se es prójimo cuando me “aproximo” al caído, a quien sufre y está abatido, solidarizándome con él<sup>8</sup>. *Hacerse prójimo* es sentir la vulnerabilidad propia y ajena y moverse para amparar, es decir, para cuidar y proteger con generosidad a los demás y a uno mismo, resistiendo al sufrimiento, a la intemperie, a la muerte<sup>9</sup>. Ser prójimo lleva a romper con modos de funcionamiento y estructuras “autoprotectoras y autorreferenciales”; de lo contrario, se vive como “socios” que se vinculan a los demás por intereses o buscando beneficios (FT 102).

La parábola, por tanto, sigue planteando hoy este desafío: “ser buenos samaritanos o indiferentes viajeros que pasan de largo” (FT 69). A lo largo de la encíclica se invita a ser prójimo de todos y todas, no solo en los ámbitos interpersonales, sino en la esfera social, política, económica y cultural: “el amor, lleno de pequeños gestos de cuidado mutuo, es también civil y político, y se manifiesta en todas las acciones que procuran construir un mundo mejor. Por esa razón, el amor no se expresa en relaciones íntimas y cercanas, sino también en las «macro-relaciones», como las relaciones sociales, económicas y políticas” (FT 181).

La parábola desconcierta a quienes, para justificarse a sí mismos, como el legista, buscan una respuesta que los tranquilice y excuse de sus indiferencias e insensibilidades frente a quienes no están incluidos en el círculo de sus “prójimos”. En el fondo, detrás de la pregunta que el doctor de la ley hace a Jesús se esconde un modo de razonar que pone límites a la proximidad y considera que la compasión es para quienes realmente lo merecen. Según una máxima generalizada en el mundo antiguo, *dar a quien lo merece*<sup>10</sup>, -desde luego, no ausente de las creencias de las sociedades actuales-, no está bien visto hacerse prójimo de cualquiera. Por el contrario, la propuesta de Jesús “es la de hacerse presentes ante el que necesita ayuda, sin importar si es parte del propio círculo de pertenencia” (FT 81). Las acciones del samaritano al hacerse cargo del *otro* herido afirman el carácter inclusivo y gratuito del amor y están en consonancia con la praxis de Jesús que toca a impuros y leprosos, se acerca y tiene comunión de mesa con indeseables y pecadores, y sana a todos, también a los extranjeros, sin esperar nada a cambio, siendo prójimo de todos y todas. La fraternidad, dice esta propuesta, se teje rompiendo todas las

---

<sup>7</sup> Como dice JOSEP J. FITZMYER, *El evangelio según Lucas*, III, Cristiandad, Madrid 1987, 280, “el amor no puede definir su objeto”.

<sup>8</sup> Cf. XABIER ETXEBERRÍA, *Imaginario y derechos humanos desde Paul Ricoeur*, DDB, Bilbao 1995, 231-232.

<sup>9</sup> JOSEP MARIA ESQUIROL, *La penúltima bondad. Ensayo sobre la vida humana*, Acantilado, Barcelona 2018, 47-48.

<sup>10</sup> Cf. CICERÓN, *De Officiis* II 15,54 (“y esta clase de generosidad no es para ser rechazada del todo. Nosotros debemos a menudo distribuir de nuestros bienes a los pobres que lo merecen, pero debemos hacerlo con discreción y moderación” (SÉNECA, *De vita beata* 23s).

fronteras culturales e históricas (FT 81), sean sociales, económicas, políticas, de género, etc., y comenzado desde los últimos (FT 235).

Pero, además, la encíclica subraya que el hacerse prójimo de los otros/as implica ahondar en el “nosotros” como estilo de vida, como forma de vivir que se hace cultura, fecundando creencias, modos de sentir y actuar de las sociedades actuales. Ser y ejercer como prójimo supone haber entendido que “la vida de cada uno de nosotros está ligada a los demás” (FT 67) y “sabernos responsables de la fragilidad de los demás buscando un destino común” (FT 115), “apreciar la riqueza y la belleza de las semillas de la vida en común que hay que buscar y cultivar juntos” (FT 30).

### **Frente al desamparo, el samaritano es protección y casa**

Las acciones del samaritano ofrecen casa al herido desamparado que está sin protección, sin ayuda y asistencia<sup>11</sup>. Los gestos de sus manos son expresión de amparo regalando proximidad, compañía, seguridad y cobijo, pero, al mismo tiempo, son cuenco que *se da* y da contacto, alimento y bálsamo para las heridas. La fraternidad universal y la amistad social encuentran en la figura del samaritano un icono de hospitalidad que invita a recibir al que llega de improviso como huésped (*hospes*), incluso aunque sea un extraño (*hostes*), y se responsabiliza junto con él de su sufrimiento no abandonándolo a su suerte. Las manos que ofrecen cobijo y son cuenco que dan, ligan la hospitalidad y el don, pero no de una manera puntual y excepcional, sino con vocación de permanencia y reiteración. El encuentro con el herido se da “por casualidad”, “por coincidencia” (10,31), centrando la atención en las situaciones de la vida que no están previstas, y que salen al encuentro sin programarlas, pero que cuestionan la libertad e irrumpen en los propios espacios y trastocan las agendas y prioridades, invitando al cuidado continuado y con esmero.

El samaritano es casa primordial para el tú diferente, es arraigo y vínculo. Su acogida es condición de su existencia y con su cuidado y ternura, continuada en el tiempo de formas diversas, hace posible que repunte a la vida. La parábola habla de generar y cuidar vínculos que hagan que todos, sean quienes sean, puedan sentirse en casa y en familia, contribuyendo juntos al proyecto común y viendo al oponente o al vecino de casa “con los mismos ojos que a los hijos, esposas, padres o madres” (FT 230). Sale al paso del error de creer que es posible “desarrollarse al margen de la ruina de los demás y que cerrándose al resto estarán más protegidos” (FT 141). Mientras el levita y el sacerdote ven al hombre tirado en el camino y *pasan de largo* (10,31.32), el samaritano *se hace cargo del dolor*; mientras ellos *distraen su mirada y aceleran el paso*, él *se inclina reconociendo al caído* (FT 30). Lo reconoce, no como una reduplicación del yo, sino como un *alter ego*, diferente y semejante, a la vez que se hace cargo de su individualidad, de “su específico dolor y de su intransferible invocación” o requerimiento, así como también de su capacidad y potencialidad<sup>12</sup>.

La propuesta de Jesús incide también en la necesidad de no hacer de la propia casa, encierro, calabozo, fruto de una mirada que queda encerrada en lo propio, lo local, lo cercano, e invita a abrir los ojos a lo universal y lo global que rescata de la “mezquindad casera” (FT 142). El samaritano sale de su *zona de confort* y corre el riesgo de ser prójimo

---

<sup>11</sup> Dialogo en esta parte con el pasaje bíblico, la encíclica y las reflexiones de JOSEP MARIA ESQUIROL, *La resistencia íntima. Ensayo de una filosofía de la proximidad*, Acantilado, Barcelona 2018, 39-53.

<sup>12</sup> Cf. JOAQUÍN GARCÍA ROCA, *Exclusión social y contracultura de la solidaridad*, HOAC, Madrid 1998, 31.

de quien lo considera enemigo, extraño y heterodoxo. Se inclina hacia el otro que, además está malherido, “considerándolo valioso, digno, grato y bello, más allá de las apariencias físicas o morales”. Se convierte así en paradigma de “la amistad social que no excluye a nadie y la fraternidad abierta a todos” (FT 94).

## Una mirada transformada por el amor

El samaritano tiene una mirada muy diferente a la que tienen el sacerdote y el levita. Mientras ellos ignoran al herido (10,31.32), a él se le conmovieron las entrañas (10,33). Si sus sentidos están embotados y su atención atrapada por mantener sus propias seguridades y privilegios, en cambio, la mirada del samaritano nace de un corazón ganado por el amor que ha transformado su sensibilidad<sup>13</sup>. El «filtro» de los sentidos no es inocente; los intereses previos condicionan la manera de ver, escuchar, sentir... Quien ha sido ganado por el amor no banaliza el sufrimiento, sino que se detiene ante quien sufre, se conmueve ante la vulnerabilidad ajena y reacciona favoreciendo la vida, sanando las heridas, comprometiéndose en devolver dignidad, integridad... más allá de la ley, de lo que es “justo”, de “lo que me corresponde”.

El samaritano siente que sus entrañas se conmueven ante ese hombre apaleado y abandonado en las afueras; se deja afectar en lo más profundo de su ser por su dolor y sufrimiento, y reacciona con acciones concretas para cambiar su situación<sup>14</sup>. No es una simple emoción pasajera, sino un sentimiento, sentido en el cuerpo, que genera necesariamente respuestas prácticas (vendar, ungir, llevar sobre su cabalgadura...), y lleva a ensayarse en modos de relación inéditos e inexplicables para quien no se vive desde la misericordia entrañable (gratuidad, exceso...).

El samaritano que ve al sufriente decide *conscientemente* prestarle atención, se abre *intencionalmente* a su situación, *se deja captar* y *afectar* por ella, la *atiende* con esmero y *se deja transformar*. Su mirada es un ejercicio de alteridad, de reconocimiento del “tú” que está caído y a quien encuentra en el camino por casualidad. Sale de sí mismo y se siente formando parte con el herido de una “comunidad de destino”, que se configura cuando se propicia y favorece la vida plena de todos y todas. El extraño y diferente por religión y cultura, que además sufre las consecuencias de la adversidad, irrumpe en su espacio y en su tiempo, y el samaritano libremente responde con acciones que denotan *exceso* y gratuidad.

La encíclica entera es una invitación a que cada persona y las sociedades actuales dejen tocar por los “otros”, los extraños y diferentes, y especialmente por quienes están en las cunetas sociales, e inicien un movimiento de descentramiento. Los *cuercos inoportunos* ante quienes se vuelve el rostro reabren la pregunta por nuestra común pertenencia a la casa común, y la inauguración de un orden social, político, económico y cultural regido por la hermandad universal. La fraternidad y la solidaridad nacen de una “mirada cuyo horizonte esté transformado por la caridad” (FT 187) y llevan a *cuidar la fragilidad*, como hace el samaritano, y este servicio lleva a “dejar de lado ... búsquedas, afanes, deseos de omnipotencia ante la mirada concreta de los más frágiles ... siempre

---

<sup>13</sup> ELISA ESTÉVEZ, “Mirar el mundo con los ojos de Dios. Cristianos contemplativos”, *Nova et Vetera* 90 (2020) 7-45.

<sup>14</sup> El verbo usado en Lc 10,33, es *splagxizomai*, “conmoverse las entrañas”. Se encuentra solo en los sinópticos: Mt 9,36; 14,14; 15,32; 18,27; 20,34; Mc 1,41; 6,34; 8,2; 9,22; Lc 7,13; 15,20. Cf. ELISA ESTÉVEZ, “Significado de *splagxizomai* en el Nuevo Testamento”, *Estudios Bíblicos* 48 (1990) 511-541.

mira el rostro del hermano, toca su carne, siente su fragilidad y hasta en algunos casos la «padece» y busca la promoción del hermano” (FT 115).

### **Frente a la agresión, acciones y gestos que cuidan**

El cuidado comienza cuando el samaritano se detiene con el herido, *emplea su tiempo personal*, cambia los propios planes y está “disponible para abrirse a la sorpresa del hombre herido que lo necesitaba” (FT 101). El sacerdote y el levita no estaban dispuestos a pararse porque no querían llegar tarde a otros lugares, a otras tareas o compromisos (deberes del templo, estudio...), no querían cambiar su proyecto, o simplemente por egoísmo, por estar tan llenos de sí mismos que no les cabía dentro nadie más. Ellos ocupaban todo el espacio. Laín Entralgo se pregunta: “¿les molesta emplear su tiempo... en la ingrata e improductiva faena de cuidar un hombre herido a quien no conocen?”<sup>15</sup>.

Con su manera de comportarse, el levita y el sacerdote muestran su falta de cuidado y su absoluta despreocupación ante el sujeto herido y tirado en el camino. El samaritano, en cambio, mira aproximándose o se aproxima mirando, y mirando al tú que está ante él: “vino cerca de él y lo vio (v.33; cf. v.34: “se acercó al herido”). Acercarse y ver es condición imprescindible para que las entrañas se conmuevan ante la situación que padece el otro, sea quien sea, y reaccione con acciones transformadoras. Pero, también lo es romper con los estereotipos y prejuicios, con los enfrentamientos históricos entre judíos y samaritanos. Es entonces cuando el samaritano se hace cargo de la situación extrema de sufrimiento que tiene aquel hombre. Su mirada próxima le lleva a cuidar del otro, es decir, a tomar en serio la llamada y el sufrimiento del herido. Su mirada cercana le conduce a responsabilizarse junto con él, de su llamada, actuando de forma solidaria.

El Papa Francisco nos recuerda que “el aislamiento y la cerrazón en uno mismo o en los propios intereses jamás son el camino para devolver esperanza y obrar una renovación, sino que es la cercanía, la cultura del encuentro” (FT 30) y que la fraternidad y la amistad social se trenzan dejando de lado prejuicios, barreras históricas o culturales e intereses mezquinos (FT 83). El cuidado que nace de haber mirado con amor y solicitud lleva no abandonar a nadie a su suerte, sino a darle esperanza, a construir sentido y velar por su calidad de vida presente. El cuidado que de ahí nace es un imperativo moral que no admite “plazos”. Lleva en sí una *dinámica de urgencia...* y no admite un “mañana” por respuesta. La ausencia de cuidado es una manera de negar el amor. Tiene que ver con no privar y con otorgar, con no excluir y sí con incluir, con tomar consigo la realidad del otro/a y no pasar de largo, no cultivar una cultura de la insensibilidad.

Es una mirada que lleva a un cuidado atento a las necesidades personales (una persona en contexto), emocionales, psicológicas, sociales y espirituales, a las que se ofrece una respuesta concreta y tangible capaz de sostener y alentar la vida. Al contrario que el sacerdote y el levita, quienes, con su omisión, con su pasar de largo y volviendo el rostro ante quien está tirado en el camino.

---

<sup>15</sup> LAÍN ENTRALGO, *Teoría y realidad del otro II*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante 2014, 25.

Una vez junto al herido, las demás acciones del samaritano ilustran el cuidado con misericordia, generosidad y sin esperar nada a cambio, e invitan a hacer lo mismo (cf. FT 140):

a) “Vendió sus heridas echando aceite y vino” (10,34). Para ello el samaritano rompería el pañuelo que llevaba a la cabeza, o rasgaría parte de sus vestiduras internas para vendarle. El aceite y el vino eran probablemente dos provisiones que llevaría consigo, y de los que eran conocidas sus propiedades terapéuticas. Por ello, aplicó vino para calmar (cf. Is 1,6) y vino para desinfectar destacándose el valor antiséptico. La mirada compasiva le ha llevado a dejar algo de lo suyo para atender con esmero a quien se ha encontrado.

b) “Lo puso en su cabalgadura, lo llevó al mesón y cuidó de él” (10,34). El samaritano cuida del “otro”, es decir, vela por su circunstancia, y toma en cuenta el contexto social, económico, así como también a sus valores, creencias, ideales, etc. culturales y religiosas. Su mirada sobre el otro es integral e integradora, capaz de una gran empatía, es decir, *de habitar* la mirada del otro. Al preocuparse por el herido y no solo de sí mismo, el samaritano sale de la cerrazón del propio mundo y de una mirada etnocéntrica. Pero, además, renuncia al prestigio y al confort, y sigue el camino a pie<sup>16</sup>. Hay despojo en su gesto para favorecer la vida del otro.

c) “Otro día, al partir, sacó dos denarios, los dio al mesonero y le dijo: “*Cuídamelo, y todo lo que gastes de más yo te lo pagaré cuando regrese*” (10,35). El cuidado se prolonga hasta el día siguiente. Hay un exceso en sus acciones, que son el signo de un amor exquisito, de un amor que no se queda en lo estrictamente necesario o legal, sino que va más allá, y que desconcierta mucho. Su solicitud por el herido es exquisita, es extraordinaria. El samaritano prevé el futuro del enfermo hasta su regreso, se anticipa a lo que pueda necesitar.

La solicitud del samaritano ante el herido puede catalogarse de extrema, ya que sus acciones traspasan el marco temporal concreto relativo a la situación momentánea para prolongarse hasta el día siguiente, previendo el futuro del herido<sup>17</sup>. El cuidado no es un acto puntual, sino un movimiento de continuidad que preverá necesidades y recursos, así como su cobertura en el tiempo<sup>18</sup>, es decir, lleva a una mirada sostenida en el tiempo, que no se aparta del otro, ni le deja a su suerte. No es una mirada que lleva a actuar fruto de un impacto emocional que pronto se olvida porque otras preocupaciones o “urgencias” egoístas pasan a primer lugar. Para cuidar es necesaria también la *práctica de la anticipación*, y adelantarse a lo que puede suceder en el futuro y qué necesidades pueden manifestarse. El samaritano es un buen ejemplo de ello.

El cuidado implica también poner todo lo nuestro a disposición del otro, como el samaritano: todas sus posesiones –aceite, vino, cabalgadura y dinero– las emplea para ayudar y procurar toda la atención a un pobre infortunado tirado en el camino. Recuerda la acción de la viuda pobre que da en el templo todo lo que tiene para vivir (cf. Lc 21,1-4). El cuidado tiene que ver con “aliviar el peso de los demás” y ofrecer gestos y palabras

---

<sup>16</sup> La cabalgadura es signo de una buena posición social y económica, expresión de su estatus. Cf. FRANÇOIS BOVON, *El evangelio según San Lucas (Lc 9,51-14,35)*, 120, nota 44.

<sup>17</sup> Cf. WOLFGANG HARNISCH, *Las parábolas de Jesús*, Sígueme, Salamanca 1989, 248.

<sup>18</sup> Cf. ROBERT C. TANNEHILL, *Luke*, Abingdon, Nashville 1996, 184.

“de aliento, que reconfortan, que fortalecen, que consuelan, que estimulan, en lugar de palabras que humillan, que entristecen, que irritan, que desprecian” (FT 223).

### **Redes de cuidado que van tejiendo la fraternidad universal**

En la parábola, el samaritano lleva al herido hasta una posada y co-implica al hospedero en el cuidado del herido. Es verdad que le paga los servicios, y que, en este sentido, el posadero no ejemplifica lo mismo que el samaritano, pero sí puede hacer caer en la cuenta de lo importante de implicar a otros en el cuidado (instituciones, personas, grupos...). En la encíclica el Papa Francisco resalta la importancia no solo de la ayuda mutua entre individuos o pequeños grupos, sino también de “pensar en una ética de las relaciones internacionales” (FT 126). Destaca la necesidad de dar respuestas “fruto de un trabajo en común” (FT 132), o que las distintas experiencias de solidaridad que crecen desde abajo, “confluyan, estén más coordinadas, se vayan encontrando” (FT 169).

Lo mismo que realizó el samaritano y que el texto lucano lo califica de cuidado (“lo cuidó”, 10,34) es lo que invita a hacer al posadero, (“cuida de él”, 10,35). La parábola no expresa cómo logra implicar al posadero en un “cuidado” que sea expresión del suyo. En la recreación que Guy Luisier<sup>19</sup> hace de esta parábola, subraya, por *un lado*, lo que la mirada del samaritano comunica al hospedero: “vi tus ojos. Tus ojos que se habían ensangrentado. Tus ojos que dulcemente tomaron en sus brazos ese toro tumefacto. Tus ojos que calentaron el débil aliento que salía de aquella boca herida. Después, tus ojos que pedían la ayuda de los míos”.

Pero, *además*, lo implica contándole la historia del herido: “Me contaste su historia. No la tuya, sino la suya. Como si fuera más importante mantener viva su historia que la tuya. (En fin, ahora me digo que tal vez sean la misma su historia, tu historia... mi historia)”.

En el encuentro con el posadero, el samaritano activa en él la semilla del cuidado, y se hace cargo del herido arriesgado en su cuidado, sin poner condiciones. Tampoco él se desentiende del herido, lo acoge en la posada y se hace cargo, curando sus heridas, sacándolo de las afueras y ofreciéndole hogar, en colaboración con el samaritano.

“Se necesita una comunidad que nos sostenga, que nos ayude y en la que nos ayudemos unos a otros a mirar hacia delante”. Este es el sueño: “una única humanidad... caminantes de la misma carne humana... hijos de esta misma tierra que nos cobija a todos, cada uno con la riqueza de su fe o de sus convicciones, cada uno con su propia voz, todos hermanos” (FT 8).

Elisa Estévez López  
Universidad Pontificia Comillas

---

<sup>19</sup> GUY LUISIER, *Historia de una posada. Cartas al señor samaritano*, PPC, Madrid 2016, 13.37.